

# Multicrisis, agricultura y seguridad alimentaria en Centroamérica: una aproximación a su estudio<sup>1</sup>

Adriana Moreno Blanco<sup>2</sup>

El libro, publicado en la colección *Avances de Investigación CIHAC (Centro de Investigaciones Históricas de América Central)* en colaboración con CALAS (Centro María Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados), analiza de forma integral el fenómeno de las multicrisis en Centroamérica y su impacto en la agricultura y la seguridad alimentaria. Su objetivo principal es examinar cómo la convergencia de crisis climáticas, económicas, sanitarias (como la pandemia de COVID-19) y políticas ha intensificado la vulnerabilidad de los sistemas agrícolas y agravado la inseguridad alimentaria en cinco países: Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica.

El documento está organizado en secciones claramente delimitadas que permiten una comprensión progresiva del fenómeno. Comienza con una introducción que contextualiza el problema y expone los objetivos del estudio, seguida de un marco conceptual donde se definen términos clave como “multicrisis”, “resiliencia” y “seguridad alimentaria”. Luego, se analizan las particularidades del istmo centroamericano, con énfasis en el Corredor Seco y los rasgos socioeconómicos de la región.

Posteriormente, se examinan en detalle las distintas crisis (climáticas, deforestación, COVID-19 y precios agrícolas), su impacto sobre el modelo agrícola bimodal y la vulnerabilidad estructural del sector. Finalmente, se evalúa la situación de la seguridad alimentaria mediante datos estadísticos y se proponen estrategias de resiliencia y sostenibilidad. El documento concluye con agradecimientos y una extensa bibliografía. Esta estructura favorece una comprensión integral del problema, desde los fundamentos teóricos hasta las propuestas de solución.

<sup>1</sup> Álvarez A. y Cárcamo R., 2025. Multicrisis, agricultura y seguridad alimentaria en Centroamérica: una aproximación a su estudio, CALAS-CIHAC, San José Costa Rica.

<sup>2</sup> Consultora internacional. Correo electrónico: aymorenoblanco@gmail.com

El marco teórico establece una base conceptual sólida para el análisis de las multicrisis, definiéndolas como fenómenos interconectados, de origen exógeno o endógeno, que pueden manifestarse de manera súbita o gradual, con impactos locales o sistémicos. Con base en el concepto de resiliencia —entendida como la capacidad dinámica de absorción, adaptación y transformación frente a las crisis— el enfoque integra las cuatro dimensiones tradicionales de la seguridad alimentaria (disponibilidad, acceso, estabilidad y utilización) junto con dos pilares emergentes: la agencia (participación comunitaria) y la sostenibilidad. Este enfoque multidimensional permite analizar cómo eventos como el cambio climático, las pandemias o las crisis económicas interactúan y agravan las vulnerabilidades estructurales existentes. El marco teórico destaca la necesidad de respuestas políticas que combinen medidas inmediatas (como la asistencia alimentaria) con transformaciones sistémicas (como la transición agroecológica), prestando especial atención a los impactos diferenciados sobre mujeres y población rural.

Desde el punto de vista metodológico, el estudio adopta un enfoque mixto que combina técnicas cualitativas (revisión documental sistemática, análisis de contenido y estudios de caso) con análisis cuantitativos basados en indicadores socioeconómicos y series históricas. Las principales fuentes utilizadas fueron secundarias, provenientes de organismos internacionales (FAO, WFP, CEPAL, Banco Mundial) y de institutos nacionales de estadística (2013–2023). Esta metodología permitió triangular información y realizar análisis comparativos regionales, aunque presenta limitaciones importantes. Entre ellas, la ausencia de datos primarios (encuestas propias o trabajo de campo), las restricciones presupuestarias que afectaron el alcance territorial del análisis, la heterogeneidad en la calidad de los datos nacionales —especialmente en Nicaragua— y la dificultad de aislar los efectos específicos de crisis que ocurrieron simultáneamente. Estas limitaciones reducen la capacidad de capturar estrategias locales de resiliencia y realizar análisis subnacionales detallados, aunque el enfoque adoptado constituye una base firme para futuros estudios más contextualizados.

En cuanto al diagnóstico regional, el documento destaca que Centroamérica enfrenta un panorama crítico, caracterizado por profundas vulnerabilidades estructurales que agravan el impacto de múltiples crisis interrelacionadas. La economía de la región sigue siendo altamente dependiente del sector agrícola, que representa entre el 12.9% del PIB en Honduras y el 15.8% en Nicaragua. Este modelo se basa en una estructura bimodal, con una agroexportación tecnificada y una agricultura familiar precaria, que opera en minifundios de entre 1.3 y 2.8 hectáreas. Esta dualidad coexiste con alarmantes indicadores socioeconómicos: niveles de pobreza del 67.8% en Honduras, el 49% de los hogares en Guatemala sin capacidad para cubrir la canasta básica alimentaria y una informalidad laboral del 71% en este último país. A ello se suma una débil inserción en los mercados globales, siendo la región importadora neta de alimentos e insumos agrícolas.

Estas condiciones se ven agravadas por cuatro crisis fundamentales que interactúan entre sí: (1) eventos climáticos extremos recurrentes, que afectan principalmente al Corredor Seco, donde el 60% de la población rural depende de cultivos de subsistencia; (2) acelerados procesos de deforestación,

con una pérdida del 88% de la cobertura boscosa en Nicaragua entre 1990 y 2020; (3) el impacto multidimensional de la pandemia de COVID-19, que incrementó la pobreza en un 21% en Honduras y (4) el alza en los precios de alimentos e insumos agrícolas, con aumentos de hasta el 139% en el costo de los fertilizantes en El Salvador.

La convergencia de estos factores ha provocado un deterioro severo de los pilares de la seguridad alimentaria, especialmente en las dimensiones de acceso y estabilidad. La inseguridad alimentaria grave afecta al 23.5% de la población en Honduras y al 21.1% en Guatemala, con notables disparidades de género (17.5% en mujeres frente al 14.6% en hombres) y territoriales. Esta situación confirma la validez del marco de resiliencia dinámica, evidenciando las limitadas capacidades institucionales y comunitarias para absorber (por ejemplo, a través de programas sociales), adaptarse (mediante diversificación productiva) o transformarse (a través de políticas agrarias integrales).

Ante este panorama, el documento propone implementar estrategias integrales que combinen: (1) medidas inmediatas de absorción (como la ampliación de redes de protección social); (2) procesos de adaptación sistémica (por ejemplo, la diversificación productiva y sistemas de alerta temprana) y (3) transformaciones estructurales profundas (como reformas agrarias y la transición agroecológica). Todo ello debe articularse fortaleciendo los pilares de agencia (participación comunitaria efectiva) y sostenibilidad (manejo forestal responsable y prácticas agrícolas regenerativas), superando soluciones sectoriales fragmentadas y atacando las causas estructurales de la inseguridad alimentaria.

El documento concluye que los datos reflejan no solo las limitaciones institucionales para implementar políticas efectivas de absorción, sino también la ausencia de estrategias sólidas de adaptación productiva y transformación estructural. Abordar esta multicrisis exige un enfoque sistémico que articule respuestas inmediatas con reformas profundas, priorizando la gobernanza participativa, la sostenibilidad ambiental y la reducción de desigualdades estructurales como condiciones esenciales para construir resiliencia alimentaria en la región.

Entre las principales contribuciones del documento se destacan tres: 1) la articulación teórico-metodológica que vincula el enfoque de resiliencia dinámica con el análisis estructural de vulnerabilidades, superando enfoques sectoriales fragmentados; 2) la evidencia empírica robusta que cuantifica los impactos acumulativos de las crisis climáticas, económicas y sanitarias sobre la seguridad alimentaria, identificando patrones territoriales y de género hasta ahora poco documentados y 3) la propuesta de soluciones estratificadas que combinan acciones inmediatas (protección social), de mediano plazo (diversificación productiva) y estructurales (reformas agrarias). Estas aportaciones tienen relevancia más allá del ámbito académico, ya que ofrecen insumos clave para la formulación de políticas públicas centradas en tres pilares críticos: a) mecanismos de gobernanza multinivel para gestionar crisis superpuestas; b) cierre de brechas entre el sector agroexportador y la agricultura familiar y c) enfoque transversal de sostenibilidad ambiental y equidad de género en las estrategias de resiliencia.

A pesar de su solidez, la investigación presenta algunas limitaciones. En primer lugar, la falta de datos desagregados y consistentes para Nicaragua en indicadores clave limita la comparabilidad regional. En segundo lugar, el enfoque regional, si bien útil para identificar patrones generales, puede ocultar particularidades locales relevantes, especialmente en zonas indígenas o fronterizas. Finalmente, aunque se proponen estrategias de resiliencia basadas en el marco de absorción-adaptación-transformación, estas carecen de mayor desarrollo operativo en cuanto a financiamiento, escalabilidad y articulación interinstitucional.

Estas limitaciones no invalidan los hallazgos del estudio, pero sí subrayan la necesidad de investigaciones complementarias que: 1) generen datos primarios en vacíos críticos; 2) incorporen enfoques subregionales con perspectiva etnográfica y 3) desarrollen pilotos de intervención para evaluar la viabilidad práctica de las propuestas.

En definitiva, este documento constituye una contribución fundamental al análisis de las multicrisis en Centroamérica. Su enfoque holístico, que integra dimensiones económicas, ambientales y sociales, le confiere un triple valor: (1) para la academia, como marco teórico innovador; (2) para los tomadores de decisiones, como diagnóstico con propuestas aplicables a corto, mediano y largo plazo y (3) para la cooperación internacional, como guía para definir prioridades técnicas y financieras. Su mayor fortaleza reside en mostrar cómo las crisis superpuestas interactúan con desigualdades estructurales —especialmente en el Corredor Seco y entre la población rural— ofreciendo así una referencia clave para el diseño de políticas que combinen respuesta inmediata y transformación estructural frente a la inseguridad alimentaria.